

La Gran Prueba



Elena y Juan no habían nacido todavía.

Juan y Elena eran mellizos, los mismos ojos, el mismo color de piel, la misma boca; eran iguales en casi todo, excepto que uno era chico y otro chica. Esperaban en la barrigota de mamá a que les llegara la hora de nacer.

Estaban dormidos cuando aquella Voz ruidosa, como de monstruo afónico, les ordenó salir:

–¡Deprisa! ¡La Gran Prueba os espera!

Sin saber cómo, fueron absorbidos por una gran fuerza que les situó ante un camino tan largo, tan largo que se perdía en el horizonte.

Aquella Voz volvió a hablar:

–Os ha llegado la hora de nacer, pero antes deberéis pasar una última prueba.

–¡Recauchos machacados!– exclamó Juan–. Llevamos nueve meses pasando pruebecitas y justo ahora que estamos a punto de nacer nos tienen que fastidiar con otra más... ¡Pues vaya vida nos espera!

–¡Es verdad!– apoyó Elena.

–Pero esta es la última y la más importante, La Prueba de la Diferencia. Con esta prueba– continuó–, conseguiréis vuestros «Certificados de Desigualdad». Cada uno deberá pasar una prueba distinta.

–¿Por qué?– preguntaron Elena y Juan a la vez.

Estaban acostumbrados a pasar todas las pruebas juntos; así había sido durante todo el embarazo. ¿Por qué tenían que separarlos ahora?

–¡Porque sí!– respondió la Voz–. Siempre ha sido así. No hay ninguna explicación más. Los chicos por el camino de las piedras azules y las chicas por el camino de las piedras rosas. Esta es la única regla.

Y diciendo esto, la Voz se fue alejando como el eco hasta que dejó de oírse.

Elena y Juan se miraron sin entender ni papa. Aún estaban perplejos cuando descubrieron ante ellos que las piedras del camino se habían coloreado de azul y rosa.

–¡Vaya!– exclamó de repente Elena–, con las prisas se nos ha olvidado preguntarle una «cosilla».

–¿Cuál?– quiso saber Juan; aunque ya daba a igual porque se había ido del todo.

–Pues... ¿quién es el chico y quién es la chica? Eso sí que no nos lo ha dicho.

–¡Golondrinos cojos! ¡Pues es verdad! ¿Y ahora qué hacemos? Lo que está claro es que después de nueve meses yo no me voy a quedar sin hacer por una chorrada de «chico-chica». ¿Lo echamos a pares y nones?– propuso Juan.

–De acuerdo, creo que es lo más justo. Yo pares.

–Yo nones, una dos y, ¡tres!

¿Que qué pasó? Pues que la suerte decidió que Elena fuera el chico y Juan la chica. Pero como no entendían por qué tenían que «llamarse» así, decidieron que se llamarían:

¡Elenachico y Juanchica!

Sin esperar más se pusieron en el color que les correspondía: Elechachico en el azul y Juanchica en el rosa. El camino parecía igual para los dos: Juanchica avanzaba junto a su hermana por las piedras rosas y Elenachico lo hacía por las azules, era la única regla.

Pero de repente, por las piedras azules apareció un soldado corriendo, o mejor dicho, saltando de piedra en piedra, siempre por las azules. La armadura, el escudo, la lanza... todo parecía que se le iba a caer al salto siguiente.

Pero llegó, con todas sus armas, hasta los pies de Elenachico. Exhausto y casi sin aliento dijo:

–¡Príncipe!– dijo dirigiéndose a Elenachico–. ¡Al rey le ha dado el «realataque»! ¡Tienes que ayudarnos! ¡Rápido, los bribones no tardarán en enterarse!

Y sin mediar palabra cogió a Elenachico del brazo y se la llevó corriendo al interior del castillo. Juanchica no lo dudó y corrió tras ellos, sin olvidarse de pisar sólo por las piedras rosas.

Una vez dentro del castillo, el soldado les guió hasta una gran sala repleta de invitados.

–¡Al rey le ha dado el «realataque»!– gritaron todos al unísono.

–¿El «realataque»?– repitió Elenachico sin entender nada– ¿Y...?

–¡Pues que cuando al rey le da el ataque, no hay nadie que de las órdenes y los bribones aprovechan para atarcarnos! ¡Siempre ocurre así! Y siempre salimos perdiendo y el reino se queda hecho un desastre. Pero contigo aquí podremos organizar el contraataque. ¿Qué hacemos? ¿Por dónde empezamos?

Elenachico miró a Juanchica para pedirle ayuda, pero éste se había quedado embobado mirando a... ¡una princesa!

–¿Tú quién eres?– preguntó Elenachico a la princesa para ganar tiempo.

–Pues la princesa, ¡tu futura esposa!–respondió–. Y tendrás que darte prisa en organizar el contraataque si quieres casarte conmigo y llegar a ser rey.

–Pero, pero... si tú eres la princesa será porque eres hija del rey... ¿no?

–¡Claro!– respondió la princesa mirándola como si viniera de otro planeta.

–Pues entonces, ¿por qué no te encargas tú de organizarlo? Yo acabo de llegar y no tengo ni idea de cómo funciona este castillo.

Se hizo un silencio que no duró ni tres segundos, pues todos, incluida la princesa, estallaron en carcajadas. Elenachico y Juanchica no entendían nada, aquella prueba no tenía ni pies ni cabeza.

–¿Tú qué harías si fueras el rey?– preguntó Elenachico a la princesa ante la atónita mirada de todos.

–¿Yo? Yo...yo– titubeó al principio la princesa–. Yo... pues supongo que ordenaría a los soldados de las torres norte y sur estar alertas, los lanceros preparados en sus puestos, los niños en los refugios de los sótanos, la caballería...

Y a medida que hablaba la cara se le iba iluminando. Cuando terminó su larga pero decidida ristra de órdenes, llena de entusiasmo, se atrevió a decir:

–¡En marcha!

Sin darse cuenta, la princesa había organizado todo el contraataque en un periquete. Esta vez, los bribones no pudieron resistirlo y tuvieron que huir con el rabo entre las piernas (y eso que tenían el rabo muy largo).

El rey fue el único que no se enteró de nada y cuando despertó de su «realataque» se abrazó a Elenachico:

–¡Tú eres el príncipe que necesitaba para sucederme en el trono! ¡El futuro rey!

–¡Ey!– exclamó Elenachico despegando como podía los brazos del rey que parecía un auténtico pulpo–. Que yo no he hecho nada. Si quieres abrazar al futuro rey, ahí lo tienes–dijo señalando a la princesa–. Ella lo ha organizado todo solita, yo no he hecho nada.

El rey miró asombrado a su hija, pero la miró con los ojos de la razón y la justicia, y comprendió que su hija era como él, una luchadora, un perfecto rey, o reina, mejor dicho. Se abrazaron los dos y Juanchica y Elenachico se despidieron.

La prueba de Elenachico había terminado, aunque no estaban seguros si la había superado con éxito. Sin entretenerse más, siguieron por el camino, que esta vez llevó a Juanchica a un precioso campo amarillo, lleno de flores amarillas, sobre las que volaban cientos de mariposas amarillas.

–¡Esto sí que es una prueba bonita y no la que me ha tocado a mí!– se lamentó Elenachico.

–¡Qué lista! A ver, ¿de qué va todo este mogollón de amarillo? ¿Es que se han quedado sin colores?– bromeó Juanchica.

Y nada más preguntarlo tropezó con una piedra rosa que sobresalía del camino.

–¡Filimonos refritos!–se quejó Juanchica–. Podían tener esto más cuidadito, ¿eh? ¡Mira, Elenachico!

La piedra con la que acababa de tropezar tenía una misteriosa frase escrita: «Una flor te traerá recuerdos».

–¡Vaya morro, encima con pistas!– dijo Elenachico.

Elenachico y Juanchica miraron fijamente las flores, abrieron los ojos todo lo que pudieron, las examinaron de arriba a abajo, hojas, pétalos... nada, todo amarillo. Aquellas flores no les recordaban a nada.

–¡Ya lo tengo!–gritó loco de alegría Juanchica–. ¡Sé a qué me recuerda esta flor!

–¿A qué?– preguntó Elenachico impaciente.

–¡... A esta otra flor! ¡Son iguales! Ja, ja, ja,– se rió Juanchica al ver el careto de su hermana–. ¡Has picado! Ja, ja.

–¡Concéntrate!– le dijo Elenachico y le dio un cocotazo que le hizo caer de narices al suelo–. Perdona, no quería darte tan fuerte, es que me has puesto furiosa, pero... ¿de qué te ríes ahora?

Juanchica se levantó todo cubierto de polen amarillo y con una flor metida en la nariz.

–¿No hueles?– preguntó a su hermana con cara de lelo.

–¿De qué me hablas?

–¡De mamá! ¿O te habías olvidado de ella? ¡Huele!– ordenó Juanchica sacando de su nariz aquella flor para meterla en la de su hermana–. ¡Esta flor me trae recuerdos de mamá porque huele igual que su barriguita!

Elenachico olió aquella flor y la cara se le iluminó. ¡Juanchica tenía razón! Vaya sensibilidad, su hermano había conseguido la otra prueba. Tan contentos estaban que se abrazaron y se pusieron a saltar locos de alegría... Pero de repente, todo bajo sus pies comenzó a moverse, era como ¡un terremoto!

En el quirófano, el ginecólogo daba palmaditas en la cara de la señora Martínez, mientras la enfermera ponía sobre su regazo a los recién nacidos que no paraban de llorar:

–¡Despierte señora Martínez! Ya es mamá, mier que niños más preciosos tiene.

La señora Martínez empezaba a despertar de la anestesia:

–¿Y la Gran Prueba? ¿El Certificado de Desigualdad?– mirando a sus hijos exclamaba– ¡Todo ha sido un sueño!

El médico dejó pasar al padre que esperaba fuera y después de felicitarle le advirtió:

–Está bajo los efectos de la anestesia, usted sígale la corriente.

El señor Martínez besó a su mujer y después a sus dos hijos:

–Son tan parecidos que no los distingo, ¿quién es el chico y quién la chica?

–Éste es Juanchica y ésta es Elenachico– contestó la madre.

El padre pensó que aquella anestesia debía ser muy fuerte para que su mujer desvariara de aquella manera. Los mellizos miraron a su madre y dejaron de llorar.

